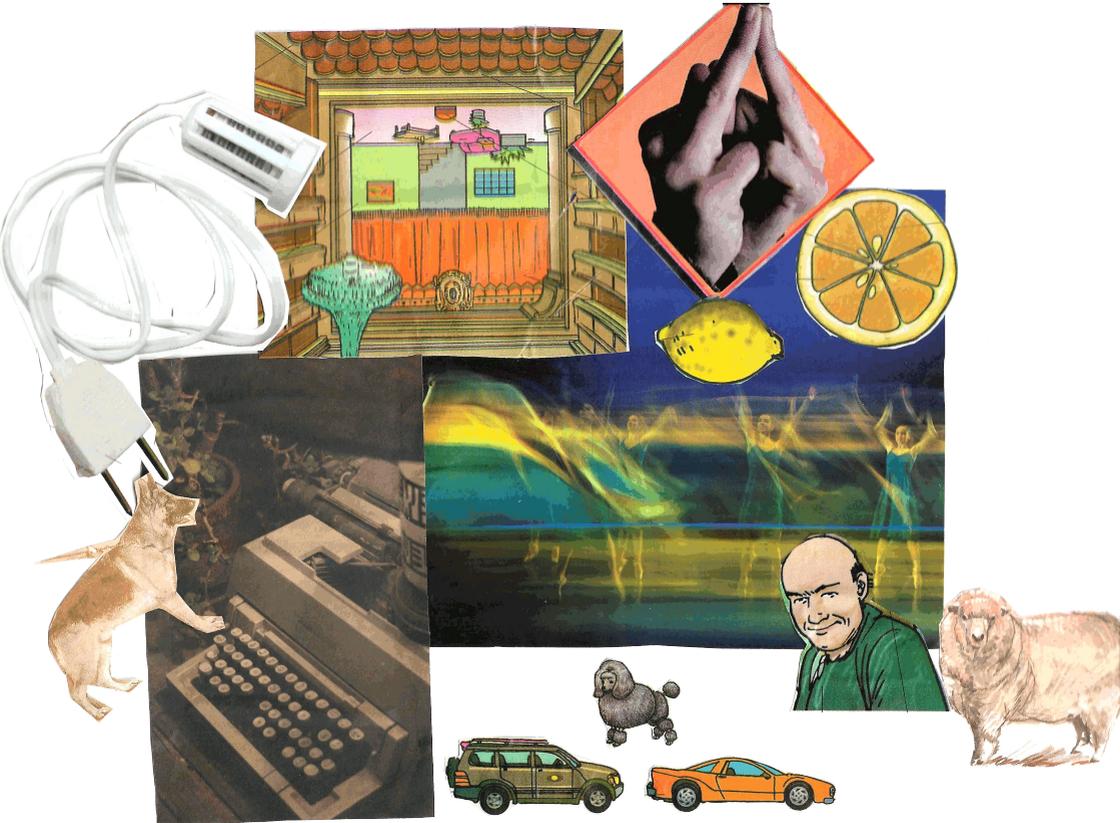




# REVISTA LITERARIA

No.2 - Enero 2020



# **Un pequeño festejo**

Cuento de Ernestino  
Página 3

## **Estela**

Cuento de Nathalie HC  
Página 12

## **Rayas de Adriana**

Poética de C.G.Guerra C.  
Página 14

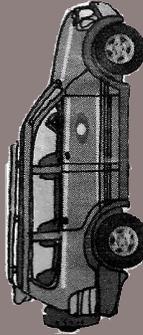
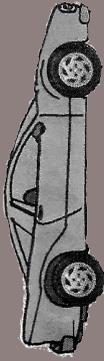
El plan de Martín era madrugar, estar en pie a las ocho, salir del trámite engorroso lo más rápido posible, para luego tener un domingo tranquilo y despejado. Fracasó rotundamente. En realidad, desde el momento mismo en que puso el despertador, la noche anterior, sabía que no lo iba a lograr. El celular sonó a la hora convenida pero su cuerpo no quería absolutamente nada. En adición, la cortina del cuarto estaba totalmente corrida, por lo que la claridad del día no tenía forma de entrar. Canceló la odiosa musiquita y siguió de largo.

Cuando *oficialmente* despertó, eran las once menos diez. Suspiró. Se odió. Luego pensó si era a él precisamente a quien debía odiar. Pensó en la gente, que seguramente estaba hormigueando allá afuera desde temprano. Pensó en el *sistema*. Su conclusión fue que odiaba a todos ellos, pero a él también.

Con mucho trabajo se incorporó, y se sacó la sábana de arriba con fastidio. Se enfrió de golpe. Miró en derredor y vio que el resto de las camas estaban vacías, destendidas. Estiró el brazo y agarró la remera que se encontraba en la piecera; se la puso. Luego hizo lo propio con la bermuda negra, que se había decolorado con aguajane. Salió de la habitación. En el living no había nadie. ¿Sería el único que no había madrugado?. Fue al baño, orinó, se lavó la cara. Se iba a duchar pero no quería perder más tiempo. Había en la mesa del living unas galletas, al parecer recientemente compradas, y dos platitos con manteca y mermelada de durazno respectivamente, con dos cuchillos. Puso agua en la jarra eléctrica y se preparó un café. Se sentó en un sillón y desayunó brevemente. En el plasma colgado a la pared el informativo del doce emitía el minuto a minuto.

Ernestino

Un pequeño festejo



Sin preocuparse en lavarse los dientes, encaró hacia la parte de las bicicletas, desenganchó la suya, y se fue a la recepción.

-Hola- dijo apenas a la mujer detrás del mostrador- Te pago el día de ayer y me renovás hasta mañana ¿puede ser?

-Perfecto- contestó ella con la misma indolencia, tipeando algo en la computadora.

Martín le estiró los billetes, y esperó su confirmación mirando para cualquier lado.

-Listo, hasta mañana al mediodía entonces...

-Bárbaro, gracias- dijo Martín, y arrastrando la chiva salió a la calle Río Negro. Le gustaba ese hostel porque no despachaban tan temprano. Las doce le parecía una hora razonable. La gente por lo general era agradable. No eran tendientes a sacar conversación. Eran en su mayoría viajeros, pero parecía que lo conocían desde siempre.

Martín aun no entendía por qué había cometido la negligencia de ir en ómnibus la vez anterior. Tuvo que esperar un 103 como una hora, y como Dieciocho estaba cortada por todos lados, y el ómnibus no tardó en llenarse, se transformó en una odisea salir del Centro. Luego, en la Unión, el chofer siguió de largo en la mayoría de las paradas, que estaban abarrotadas de gente. Cuando llegó al Intercambiador Belloni no tuvo otro remedio que abrir. El chofer pretendía ser autoritario, y exhortaba a cada momento que iba a cerrar, que ya no entraba nadie, pero unas treinta personas ingresaron de todos modos, dejando al coche en un estado de total hacinamiento. Viejas, baldados, mamás luchonas, bebés con volumen de llanto nivel dios, niños pesados, gente hedionda. Bueno, Martín también estaba hediondo, y por suerte había decidido sentarse en los asientos del fondo. Una mujer discutió, en realidad despotricó, sin recibir del conductor respuesta alguna, sobre el pésimo servicio del transporte. Dijo que los obligaban a ir como ganado, y encima el boleto estaba a un Euro. Exigió que pusieran más líneas. Martín coincidió en todo con la vecina, y admiró su arrojo, siendo que todos, él incluido, optaban por un mutismo resignado. Le tocó votar en la concha de la lora. Allá en Bella Italia, en una escuela en la calle Abipones. No tardó nada, no había nadie. Fue cosa de cinco minutos. Luego volvió a Camino Maldonado, y se sentó en el cordón de la vereda, sabiendo que el 103 iba a venir "cuando se le cantara el culo".

A las cansadas vino uno pero, cosa típica de este país de mierda, solo iba hasta Luis Alberto de Herrera. Optó por una calma indiferente. Pero tras quince minutos, otro 103 pasó con el mismo destino, y aunque hubiese ido hasta Aduana, era lo mismo, porque no paró de lo repleto que venía. Se terminó tomando un 155 que dio más vueltas que la calecita. Se hizo un *tour* por casi todos los barrios norteños, en donde la gente obstruía a cada momento en las calles. Parecía que había un circuito en cada esquina. Se veía a las personas chongadas de calor dirigiéndose a sus respectivos lugares, abriéndose paso entre coches y barrancos. Finalmente, luego de deambular largamente el Cementerio del Norte, el coche tomó San Martín, y casi no paró hasta bajar a Agraciada, a la altura del Palacio. “Fueron como cuatro horas arriba de éstas *cascarrias* -pensó- para algo inútil y que me tomó un periquete.”

Con este antecedente, Martín decidió esta vez ir con su compañera, que, para su sorpresa, tenía la rueda de atrás aún inflada. Hacía días que venía postergando la ida a la bicicletería, e inflaba provisoriamente el neumático en estaciones de servicio, algo que los expertos en *chivas* no recomiendan. Debía ser un leve pinchazo nada más, pero las tres *gambas* de arreglo equivalían casi a una noche de morada.

El lugar de sufragio era el mismo. El día era menos caluroso que aquel de octubre. Había un sol fuerte pero también un viento intenso, que le hizo lamentar el no haber salido al menos con una camperita primaveral. Pedaleó hasta Dieciocho y pispeó el panorama. Estaba bastante desierto. Sin embargo, cuando llegaba a la altura de la Intendencia, vio unas valizas en medio de la calle, y más allá un escenario a medio montar. Los autos debieron doblar, pero él siguió, sintiendo como una picazón en el cuerpo.

Llegó rápidamente al túnel, y se metió, a pesar de la protesta de algunos coches. En La Blanqueada pasó Joaquín Secco IIIa en roja, y un tipo que se disponía a doblar en su auto rojo hacia 8 de Octubre le tocó bocina furioso. Luego lo alcanzó una cuadra más tarde y al pasar junto al chico bajó el vidrio y le tiró no sé qué boquilleo. Martín siguió como los caballos, ignorando a la gente que se apiñaba o hacía cola en escuelas, bibliotecas, facultades, y otros lugares públicos.

Ya en La Curva, cuando cruzaba Belloni torció el cuello y, al mirar a lo lejos la iglesia de la Roma, y la vieja antena de Movicom, se dio cuenta de que no extrañaba en absoluto aquellas zonas. Pensó que irse de Piedras Blancas sería un tanto traumático, pero no fue así. Al llevarse las últimas cosas de la casa de su vieja, ya lo sintió como un lugar anacrónico. Tal vez ésta sensación cambiaba con el tiempo. No lo sabía, ni le preocupaba.

En Libia era un caos de gente. Recordaba vagamente por qué calle debía meterse para llegar a Abipones. Había una gran vereda de pasto copioso y un contenedor verde, del que salió un *pasta* a pedirle hojillas. Pedaleó sin cesar, pasando por algunos cantegriles. Camino Maldonado dibujó una “u” y por un momento temió haberse pasado, temió estar ya en Punta de Rieles, pero cuando estaba por detenerse a cavilar vislumbró la famosa vereda y se dispuso a cruzar. Andrés Lerena era la calle por la que se entraba. Bajó en segundos y contempló lo mismo que un mes atrás. Una vieja escuela con varios complejos de salones de ladrillo. Un puesto de tortas fritas estaba montado frente al portón de entrada. En el mismo había pegada una simple hoja que decía, con letras a computadora, el rango de serie y numeración de ese circuito. Martín sacó su credencial sólo para asegurarse. Luego entró. Tampoco había mucha gente. Un hombre y una mujer estaban sentados a una pequeña mesa con varios papeles. Le ofrecieron instrucciones pero Martín les dijo que no se preocuparan, ya sabía que debía ir al último salón, al fondo del todo. En la entrada del mismo había unos tres militares hablando entre ellos. El joven ni los miró, sólo detectó su patética indumentaria con la parte blanca del ojo. Adentro había tres tipos pudriéndose como hongos. Cuando vieron a Martín como que despertaron. Martín los saludó apenas y se apuró a entregarles la credencial. Anotaron sus datos y le pidieron que tomara un sobre. Luego le dijeron que estaba pronto para *hacer lo suyo*.

No era un cuarto secreto, ni siquiera un biombo como la vez anterior, era una especie de armatoste de plástico, parecido a esas placas de metal que las personas usan para dorarse al sol. El mismo estaba puesto simplemente sobre una mesa. Detrás, supuso Martín, estarían las listas. En efecto era así. Dos montoncitos de listas. Vio los candidatos, las dos fórmulas, los dos pares de caras, patéticas, viejas, algunas más que otras, sonriendo. Los nombres, los lemas. Nada más. Eran

simples volantes, en blanco y negro. Tomó una lista de cada montón y las dobló a la mitad. Luego, cuidadosamente, metió ambas en el sobre. Le tomó cierto trabajo. No entraban. El muchacho notó que uno de los hombres de la mesa levantó un tanto la cabeza y lo observó, acaso extrañado de tanta tardanza.

Puso el maldito sobre en la urna y le dieron el comprobante. Fue a dar junto a los otros, los de cuatro años atrás. Martín tenía la misma billetera de entonces. Bah, billetera... era una sucesión de compartimientos, sobrecitos de nylon. Tenía allí la cédula; la credencial; la boletera; la tarjeta STM; el carnet del Suatt; el carnet de socio de Danubio (no pagaba la cuota desde tiempos inmemoriales); una ficha médica del año del *ñaupa*, o al menos eso decía la foto carnet que tenía pegada; el inútil carnet de salud; y una tarjeta Montevideo, que se la sacó por la única razón que daba una entrada gratis por mes para el Grupocine. Martín recordaba que era el primer miércoles de cada mes. Naturalmente con el tiempo ya no dieron una mierda, y la dejó archivada allí. La billetera tenía como un polvillo extraño, no sé sabía de qué. Debían ser varias sustancias, varias costras antiquísimas. No pensaba cambiarla. ¿Para qué?.

A la vuelta, a mitad de camino, se sintió sin fuerzas. Paró en un quiosquito a la altura de Osvaldo Cruz y se compró un pomelito y un *ojito* que resultó ser sumamente rancio. Bebió y comió recostado a la reja de una tienda de repuestos de autos. La gente ya empezaba a deambular embanderada. Martín tenía pensado ir a algún parque cerca de la rambla, pero intuyó que en ningún lado encontraría paz. Al llegar a Tristán Narvaja paró sin saber por qué. No tenía nada que comprar, pero decidió recorrer. Como era de esperarse no había nadie. Había en su mayoría dominicanos, cubanos, venezolanos, que no tenían ninguna obligación, y compraban o vendían como un domingo cualquiera. El joven se internó entonces con la *chiva* al lado.

Un moreno vendía insistentemente unos jugolines a cinco pesos... sí, cinco pesos. Lo más común es pensar que eran cancerígenos de la A a la Z, pero a juzgar por el sonido de monedas de su riñonera, el caribeño estaba levantando abundante *mosca*. Más allá un puesto de arepas. El *ojito* y la gaseosa apenas habían engañado el estómago de Martín. Se puso en un principio en la cola para comprarse una, pero le

desagradó el aroma y terminó desistiendo. Caminó hasta Paysandú y, para su decepción, no había nadie vendiendo libros. Apenas unos puestos aislados, más revistería barata que otra cosa. Los feriantes hablaban predeciblemente de los posibles resultados. Cada tanto pasaba algún auto tocando bocina por las calles perpendiculares. Martín se sintió invadido por una profunda sensación de vacío y decidió volver a la avenida. En la explanada de la Universidad había gente de ambas vertientes, con parlantes a todo trapo. Aturdido, pedaleó con languidez hasta Orión Hostel.

En el living había algunas personas mirando la tele y hablando del país que se venía. Una chilena muy guapa decía algo así como: “No sean *weones*, no cometan nuestros mismos errores”. Martín pensó que todo era un error. El ser humano era un error. Sin embargo no intervino. Les inclinó la cabeza pero ni lo vieron. Entró al cuarto, que estaba algo caluroso. Abrió la ventana un rato, y un viento fresco acomodó la cosa. Se tiró en la cucheta sin plan alguno, pero entró en un gran letargo y se quedó dormido.

\*\*

Cuando despertó la habitación estaba en penumbras. Aún estaba solo. Manoteó el celular y lo prendió. Las nueve y pico de la noche. Sintió la boca seca. Se incorporó. Saltó al suelo y se mareó un poco. Salió a la sala principal del hostel y, para su sorpresa, apenas había gente. La tele además estaba apagada. Reinaba un silencio sepulcral. No tenía que estar muy despierto para intuir lo que había pasado. Suspiró y pensó que aquello no tenía arreglo. Luego le sonaron las tripas. Debía apurarse en buscar algo para comer. Era domingo y los locales no tardarían en cerrar. Se puso la camperita que tanta falta le había hecho durante el día, y salió a la calle. Nadie. Ni un alma. Caminó unos metros y recién allí le llegaron unas bocinas aisladas. El supermercado de la esquina ya estaba cerrando. Vio al guardia con cara de desgraciado parado en la puerta corrediza. Adentro las luces eran más tenues y pudo vislumbrar a las cajeras ya con las carteras puestas. A las zancadas llegó a Dieciocho pensando encontrar algo más de bullicio, pero apenas si había gente. A lo lejos vio algunas

personas en las inmediaciones del escenario que habían montado en la Intendencia. Pero no mostraban ninguna algarabía.

Terminó muriendo en el súper confiable quiosco de la dominicana. No tenía gran cosa pero siempre estaba abierto, nunca lo dejaba en banda. Pispeó la escasa mercadería y en principio se decidió a comprar algo de fruta. Vislumbraba un gran desvelo y no quería pasar la noche con hambre. Luego observó la heladerita, en donde esperaba solitario un *olímpico* embalado en nylon. Dudó de su caducidad. Pero vio el tomatito, la lechuga y el huevo, y no resistió. Agregó algo para tomar, pagó y salió nuevamente. En ese preciso momento, una serie de unos cuatro o cinco coches pasaron tocando bocina, todos sacando por la ventanilla del asiento de acompañante sendas banderas blanquicelestes, con la cara de un caudillo en negro. Algunos de ellos gritaban:

-¡Se van! ¡Se van! ¡Se vaaaan! ¡Viva la patria!

Martín observó a una pareja de unos treinta años, en una 4x4, riendo casi burlescamente. Él con barba candado y lentes negros. Ella rubia y súper blanca, con pecas. Detrás, una beba, con piel de porcelana y ojos enormes y cristalinos, miraba extrañada en su sillita, sin entender los gritos. Entonces alguien gritó desde las alturas. El joven levantó la vista y vio que, en el balcón de un edificio, una mujer gorda, con una bandera casi completamente roja, a excepción de un sol amarillo en el ángulo superior izquierdo, vitoreaba y también gritaba:

-¡Se van, carajo! ¡Se van! ¡Viva Uruguay! ¡SE VAAAN!

Unos balcones más allá habían colgadas varias banderas idénticas a la de Rusia. Otro señor, sin camisa y con un pucho en la boca, estaba asomado con aspecto tristón, observando la escueta procesión. Luego de un rato se metió. Por la vereda de enfrente avanzaba una jovencita con la misma bandera tricolor puesta estilo capa. Cuando pasó bajo una columna de luz se le iluminó la cara, y Martín pudo ver que tenía las mejillas como humedecidas. Miraba el suelo con aire abatido.

A pocos metros de Río Negro el chico observó a dos hombres que conversaban en la entrada de un bar. Al pasar junto a ellos oyó que uno le decía al otro:

-No sé a quién desprecio más: si a estos oligarcas de mierda, o a los imbéciles que votaron en blanco o anulado. ¡Manga de tibios, manga de indiferentes, manga de inconscientes!

Martín sabía que era estéril discutir con un viejo de esos, pero algo lo hizo darse vuelta y regresar. Intentando usar un tono lo menos provocador posible, le dijo:

-Yo voté anulado ¿quierés decirme algo?

Al principio los hombres miraron a Martín sorprendidos. Luego el aludido frunció el ceño y dijo:

-Sí pibe, que sos un irresponsable.

-¿Yo soy irresponsable?

-Sí. Con tu voto podríamos haber evitado que nos gobernara esta runfla de oligarcas, de milicos, de ultrareligiosos.

-Y ¿por qué mejor no dejamos de ser gobernados?- dijo Martín, sabiendo que no lo iban a entender.

-¿Cómo decís?

-¿Por qué no acabamos con los gobiernos?

Los hombres lo miraron escandalizados.

-¡Nos estás proponiendo una dictadura!

El chico puso los ojos en blanco varios segundos, y luego replicó con desgano:

-Otros que están sumidos en la dicotomía...

-¡Yo creo en la democracia!

-¿Y vos crees que estamos en democracia?

-¡Cómo! ¡Cómo te atrevés!

-La democracia es algo más que poner un sobrecito en una urna señor... no seamos tontos...

-¡Pero somos nosotros, el pueblo- dijo el otro viejo, con vehemencia- el que elige los representantes!

-Sí, pero no podemos elegir que no haya representantes...

-¿Y cómo no va a haber...?

-¿Gobiernos?-dijo el muchacho, burlón- No lo podés ni concebir, ¿no es eso?.

-¿Y vos qué proponés?... ¿La anarquía? ¿El libertinaje?

Martín se rió amargamente.

-El problema no es si nos gobierna este cheto que ganó, o el otro pelado pelotudo. El problema es más de fondo señores. Es de base, de cimientos.

-¿Y cuál es tu gran aporte al anular tu voto?- preguntó el otro.

-En principio estoy desconociendo esa base- repuso el muchacho-. Y ¿saben qué pasaría si nadie hubiese ido a votar, o todos hubiesen anulado su voto? En este momento no tendríamos presidente. Y ¿saben qué pasaría si mañana, que es lunes, nadie fuera a trabajar?... Tumaríamos el capitalismo... Pero bueno: es más fácil ir a laburar como buenos cornudos que somos, y berrinchar contra aquél que anuló su voto, que no quiere más estar sumido en el autoritarismo.

Los hombres miraron al joven unos segundos, asombrados, pero luego adoptaron una actitud de superados, como si estuviesen escuchando locuras.

-Me hospedo acá a la vuelta- dijo Martín antes de irse-. En Orión Hostel. Si quieren dejar de despotricar en la puerta de un bar como un par de viejos pasivos, y quieren cambiar algo de verdad, por ahí podemos juntarnos y comenzar algo. Estoy hasta mañana a mediodía.

El muchacho entró al hostel y dejó la bolsa de las compras en su cama, extrayendo el olímpico y la bebida. Luego subió a la terraza. La noche de noviembre se tornaba fría. Había algunas personas a los costados, conversando en murmullo. Observó la panorámica. A su izquierda se erguía no muy lejos el Palacio Salvo, cuya cúpula estaba de color lila. A su derecha la Torre de las Comunicaciones, con su lucanita titilante en la punta. Aspiró el aire con olor a río y se quedó pensando en nada particular. Al tragar un pedazo de su cena sintió un pequeño dolor de garganta. Se subió el cierre de la camperita hasta el tope y tomó unos tragos de gaseosa. Cuando al rato decidió meterse nuevamente, sintió una última bocina, lejana, opaca.



# estela

Nathalie HC

Sabrina estaba de espaldas y paseaba, primero los pies, después los ojos, por la vereda de enfrente. Bajé del cordón con cuidado y empecé a cruzar. Me cambió la luz. Ella se dio vuelta por el bocinazo. Nunca puedo verla contenta.

Le dí un beso en cada mejilla y le pregunté qué ponía en los auriculares. Siempre le pregunto. Le dije que estaba muy linda, me agarró del brazo y empezamos a andar, más al tranco mío que al de ella. Yo no me fatigo, ella no pierde la paciencia.

El teatro quedaba lejos. Me dio tiempo de contarle lo que hice en la semana entera. ¡Armé la máquina de escribir! Y todavía me acuerdo de cómo funciona cada cosa. ¿Te das cuenta, querida? ¡Seguramente soy la última persona en el mundo que sabe usar una máquina de escribir! Me río porque la última vez que la usé Raimundo me dijo *Ya no sabés cómo hacerte la interesante* y me enojé y la guardé en el placard de la casa de mis padres. Hoy volví a escribir dos o tres páginas de mi diario y después me empezó a doler un poco. Un poco, tampoco la pavada. Tengo miedo de que se seque la cinta porque no sabría dónde comprar más.

Cuando llegamos al lugar nos salteamos toda la fila y ella pasó sin saludar a nadie. Adentro me asusté, porque usamos una puerta lateral que nos dejó directo en el escenario. La sala ya estaba casi llena y la gente conversaba y no

se terminaban de acomodar. Me molestó que no hicieran silencio cuando vieron dos personas ahí adelante.

Sabrina no siguió caminando y a mí me daba miedo bajar porque ya estaba todo en penumbras. Ella aplaudió dos veces y se encendió una luz, justo sobre nosotras. Me imaginé lo grande que era el reflector, lo que pesaba, el daño que nos haría al caer y el vértigo me trancó las palabras. La nena me apretó un poco el brazo y entonces reaccioné. Les pedí silencio y de a poco me hicieron caso y se sentaron en las butacas. Un jovencito me gritó algo que ya me habían dicho antes: *Estela, usted no necesita ese bastón*, y yo le contesté *Verdad que no, pero es un buen argumento disuasorio*. Lo levanté en el aire e hice movimientos de samurai en blanco y negro. Todos aplaudieron. Sabrina se rió, tranquila, y me ayudó a bajar.

Cuando pisamos la alfombra gruesa y roja sentí que me movía con más confianza y elegí un asiento que me gustó, justo atrás de una chica que me hizo acordar a una amiga mía de la iglesia. Estaba sentada junto a un hombre que le acariciaba la rodilla. No sé por qué pensé que nosotros cuatro - Sabrina, yo, los dos desconocidos - éramos distintos y teníamos confianza. Les ofrecí caramelos y se comieron todos los de limón.

Cuando terminaba la función pasó por el pasillo, junto a mí, una persona con el brazo cubierto de un pelo marrón, brillante, de ese que no se consigue con ningún producto. Seguí el impulso de tocarlo y nos dimos un choque de estática que me hizo pegar los zuecos al piso. Él se apartó, me miró y frunció el hocico para mostrarme todos los dientes.

La nena lo apartó de un escobazo y alguien encendió las luces. Ella se tocó las orejas y me contestó, *Es un pulso*, y me pareció escuchar, muy bajito, el rulo de batería, *así sé bien a qué ritmo caminamos*.

# Rayas de Adriana

Poética de C. G. Guerra C.

## Isla

Estoy en la isla,  
soy la isla,  
las aguas vienen  
de todos los colores  
de todos los rincones  
a mis arenadas orillas,  
sus ondas y humedad me alcanzan  
y pestañeo con más vida.  
Me hamacan y marean  
la sombra de mis palmeras.

La luna me acompaña  
me regala blancas velas  
su llama caliente mis sentidos  
me enseña,  
la huella que deja en los vapores,  
despierta en lo alto, cristalinas  
y mágicas mariposas de sabores.

Allá camino elevada en sus aleteos  
y me veo,  
veo la mujer y sus tristezas,  
su soledad y sus caminos,  
su cofre de tesoros de brillantes desatinos.

Algunos pájaros se acercan y regalan murmullos de tibias  
canciones  
guardo sus sonidos en el cofre;  
¡aliento de corazones!

Piedras, tierras, ceniza y magma  
sostienen esta isla hirviente de mi alma!

# Atardecer

Turbulento naranja  
sobre la tarde.  
Encendido,  
arriba el estío  
en un  
pálido brío.

Como un rastro  
de rayo, un despojo,  
sobre el mar  
se refleja  
penetrante  
el rojo.

Ya se corre  
una lenta cortina  
en nubarrones  
de tímido brillo,  
el abrazo,  
del tibio amarillo.

Por encima de todo,  
el añil  
señorea,  
un ave feliz  
aún despierta, bajo su luz  
aletea.

Al fondo  
se extienden, tiritas  
multicolor  
en la mira de la tarde,  
al ponerse  
el sol.

La cálida noche,  
temprana,  
amorosamente,  
su protector  
manto  
desgrana.

Un detalle plateado  
y naciente,  
sorpresiva,  
la luna  
le regala  
creciente.

# Cavilaciones

Siento, diamantes líquidos  
que se derraman dentro mío  
en las largas horas de espera  
en las que se esfuman los sueños...

Cercándolo todo, embrujadas telas  
pasan y se arrastran con sus flecos vivos  
cargados pesadamente  
de flores picantes y asombrosas.

Pausas y sustos  
minúsculos  
rodean el aire cercano  
en círculos  
diversos e infinitos.

Se acercan extrañas sombras pícaras que llenan levemente los rincones  
del pensamiento  
donde se arremolinan ansiedades e incertidumbres.

Cantan difusas  
y disonantes,  
y de ellas  
se aturden los oídos solitarios.

Escucho músicas,  
hijas de la imaginación... peregrinas...  
me hablan,  
vertiendo en degradé,  
sonidos azules  
embriagados  
de transparentes frutillas maduras.

## **2ª Etapa**

Me abrazan soplos calientes, derretidos.  
Divago entre imágenes y anhelos  
que se enhebran  
apretujados e impacientes  
en busca de la luz  
para nacer.

## Pesar

Hondo vapor  
de espesas tinieblas  
luz helada  
de grises plomizos,  
perlas opacadas,  
ecos muy dispersos,  
notas muy lejanas  
en un pasadizo.

Sin sentido, vago  
por anchos caminos,  
las puertas no abren,  
no muestran su abrigo  
herméticas miran  
sin voz y sin ruido.  
No hay risa ni llanto  
ni manta ni amigo.

¿Aldabas?, no existen,  
no hay timbre o mirilla,  
portero o campana  
ni pequeña hendija  
que traiga esperanza.

¿Dónde está el pestillo?

Ni el mágico conjuro...

todo está desierto  
todo está vacío  
y hasta el simple aliento  
se mueve sin brillo.

Todo es pesadilla  
todo es sin sentido  
no hay barca que cruce  
y encuentre un destino:

no hay cuna,  
no hay flores,  
no hay soles,  
no hay lirios,  
ni remos,  
ni brazos,  
casi no hay latidos.

Sólo existe  
un hondo,  
espantado,  
herido,  
maltrecho y susurrante  
agónico grito.

# Pajarito arisco

Pajarito arisco  
dorado plumón  
espuma de viento  
color tornasol.

Un chirip, un trino  
alegre cantor,  
saludas al día  
cuando sale el sol.

Batientes tus alas  
te pueden llevar  
por todas las flores  
el mar y el tragal.

Tus ojitos negros  
oscuros mirones  
parecen dos espejos,  
bolitas, botones.

¡Qué grácil silueta!,  
liviano equipaje,  
quizás estás listo  
para un largo viaje.

Un gato vecino  
te mira pasar  
trepando en un árbol  
te quiere atrapar.

Tu instinto te avisa  
y casi sin pensar,  
levantas el vuelo,  
¡logras escapar!

Simpático sigues  
aquí y más allá  
usando el sentido  
que Natura te da.

Nota colorida ,  
vivaz comilón  
vas surcando el aire  
pleno y juguetón.

# Nathalie HC



@piracalamina



alcanfor.rosado@gmail.com

# Ernestino



@ernestino\_\_



ernestinoq.tumblr.com



Ernestino Qu

# C. G. Guerra C.



@campanitaazuluy



guerracarolina217@gmail.com

La imagen que ilustra **Estela** se generó a partir de la fotografía "Butacas del pasillo Teatro Galia Lanco" de Tefy fd. La obra original tiene licencia Creative Commons Genérica de Atribución/Compartir-Igual 3.0. 

El relato **Un pequeño festejo** de Ernestino está bajo una licencia de Creative Commons Reconocimiento-SinObraDerivada 4.0 Internacional. 

A excepción de este, el contenido de la revista está bajo una licencia de Creative Commons Reconocimiento-CompartirIgual 4.0 Internacional. *Por favor reuse y comparte a gusto. ¡Cultura libre!* 



literaturaindependiente.info

 **Isla Libros**

